

Mi cuerpo está cambiando

Francisco, humo y mar

Cuento de Carmen Escallón Góngora <http://carmenescallon.blogspot.com.ar/>

Francisco se metió en el mar. La sensación del agua brava agitándose en su cuerpo lo tranquilizó un poco. Ya estaba más tranquilo, cuando la tos lo volvió a enfrentar con la rabia. Tosió tanto hasta alcanzar el silbido que tanto odiaba. Hundió la cabeza enfrentando una furiosa ola, tan furiosa como él.

Miró hacia el cielo y vio las gaviotas revoloteando sobre su cabeza. Libres, y sintió envidia de ellas. Volvió a sentir ganas de fumar. Sabía que ese bicho había empeorado todo, pero era una fuerza que no podía vencer. Recordó esa primera vez cuando lo colocó en su boca y aspiró: mareo, tos, moridera y una sensación de victoria, de fortaleza. Sí, había vencido a su madre. A su madre que se la pasaba repitiendo todo el tiempo, como el golpe del martillo sobre el clavo: "los niños asmáticos no pueden fumar" y el colmo fue ese día cuando la escucho decir a la comadre Alfonsina: "Al menos Francisco no va a fumar como todos esos muchachos del barrio. El ser asmático, después de todo tiene sus ventajas".

Y allí estaba él con rabia, con furia, peleando con la tos, peleando con la vida, peleando con su madre y, peleando con el mar. Sintió frío y un poco de dolor de cabeza. En ese momento advirtió la llegada de los pescadores trayendo los extremos de la red que habían echado, mar adentro. Los vio colocarse en dos filas y acompañados de una danza impetuosa del cuerpo, halaban los dos extremos del trasmayo, hasta cuando lo trajeron a la orilla lleno de pescados: mojarras, sierras, róbalos, algunas medusas y pequeños peccecitos que devolvían al mar. El que parecía el líder del grupo sostenía entre sus labios un tabaco que despedía un humo pesado, de un olor dulzón, desagradable. No tosía y se veía muy seguro. El muchacho se acercó lo suficiente hasta cruzarse con los ojos profundos y negros del pescador del tabaco. -¿Quieres uno, muchacho? -Le preguntó el pescador-

-No, no señor, yo no fumo.

-Si no te estoy ofreciendo tabaco, te estoy ofreciendo un pescado.

-No señor, yo sólo estoy viendo...

-Yo empecé a pescar cuando era un muchacho como tú. ¿Cuántos años tienes?

-Catorce, cumplo catorce en dos meses.

Y la tos que casi no lo deja hablar.

-¿Tienes gripa?

-No, no, es por el humo, es el frío...

-¿Acaso sufres de moquillo en el pecho? -Continuó preguntando el pescador líder mientras terminaba de expurgar su pesca-

Los pescados ya empezaban a moverse convulsivamente, asfixiados fuera del mar, con la boca abierta, como pidiendo oxígeno.

Francisco se acordó de la última vez que lo llevaron a la urgencia del Centro de Salud. Se parecía a esos pescados pidiendo auxilio, pidiendo aire. Sintió deseos de correr, de alejarse y lo intentó hacer, cuando la voz del pescador lo detuvo: -Yo también me apretaba como tú, cuando era niño, no podía ni cargar el remo.

El chico se interesó por lo que escuchaba y en lugar de correr miró al pescador del tabaco con fascinante interés. El pescador guardó el cuchillo, después de abrir algunos de los pescados. Sus compañeros regateaban precios con las señoras madrugadoras, con el señor de la moto y con algunos caminantes de la mañana. Se alejó un poco del grupo acercándose más al muchacho. -¿Te gusta pescar?

-Nunca lo he hecho.

-¿Te gustaría salir una de estas mañanas a echar la red?

-Pues sí, sólo que no puedo hacer esas cosas...

-Oye, que tú sí puedes. Puedes hacer lo que quieras. ¿Lo dices por el pecho?

-Sí, me aprieto con cualquier maricada.

-¿Acaso no te llevan donde los doctores?

-Sí, he ido...pero no me gustan esas pendejadas que me mandan, eso de andar con frasquitos en la boca...

-Eres huevón, o ¿qué? ¿Prefieres hacer como los pescados, que flocean los ojos buscando aire?

-No sé, no sé.

¿Dónde vives?

-Cerca, en Torices.

-¿Y qué haces bañándote en el mar a estas horas?

-Es que... La verdad, es que pelee con mi mamá.

-¡Ah, eso es! Eso pasa.

La tos volvió. El muchacho sintió vergüenza.

-Oye, muchacho, mi nombre es Calixto, vivo en Tierra Bomba y tiro la red por aquí cuando el mar está quieto.

De nuevo la tos y el quejido en el pecho. -Yo me llamo Francisco.

-¡Francisco, como el santo! ¿Quieres pescar conmigo el viernes?

-Bueno, pero ahora me voy, se hace tarde.

-Hasta pronto muchacho, cuídate o terminarás como los pescados...

El domingo el muchacho volvió a la playa y ni rastro de Calixto. A los dos días volvió y vio llegar a varios pescadores, pero el pescador de ojos profundos y tabaco en la boca no apareció. Regresó a la playa a los quince días, y allí en un espolón lo vio. Acababa de recoger la red, el tabaco en la boca. Al ver al muchacho gritó: -Oye San Francisco ¿dónde te habías metido?

- He estado en clase todos estos días, además he estado como aburrido.

-¿Y cómo sigue tu flema?

-Mejor, mejor, creo.

Oye muchacho, ya que no crees en los doctores, al menos toma todas las mañanas emulsión de Scotch con un poquito de sal y te frota en el pecho eucalipto con mentol, eso cura cualquier moquillo. ¿Mañana te animas y salimos a pescar?

-Si, me gustaría.

-Bueno, entonces pídele permiso a tu madre, dile que si quiere viene tempranito y habla conmigo.

Salieron ese otro día de madrugada. El muchacho iba alegre y medio asustado. Dejó de toser como por encanto. En la lancha iban Calixto y otros dos pescadores. Las dos lanchas restantes llevaban cuatro pescadores cada una. Los hombres de la lancha de la derecha iban cantando "La Piragua". Los de la otra lancha iban callados y la lancha de Calixto iba acompañada con la voz del viejo. -El día que te vi en la playa por primera vez sentí que estabas desesperado.

-Si, es este pecho que no me deja ser como los demás pelaos. Todos mis amigos fuman, a mi me gusta, pero cuando lo hago me empieza la maldita tos.

-Así que fumas. ..Me habías dicho que no.

-Si, si fumo, pero es un problema para mí.

-¿Y para qué lo haces?

-Creo que es sabroso, y tú debes saberlo, tú no sueltas el tabaco de la boca, debe ser bueno.

El viejo guardó silencio y al cabo de un rato le dijo al muchacho. Te voy a contar una historia que es verdad aunque tú no la creas, sucedió en los tiempos de mis abuelos. Allá en la ciénaga de la Virgen, todas las mañanas un pescadito miraba a una gaviota volar y la gaviota miraba al pescadito nadar. Así todas las mañanas se miraban...Cada uno de los animalitos quería hacer lo del otro. Cada animalito admiraba y envidiaba lo que hacía el otro. Un día la gaviota se paró en la orilla de la ciénaga y el pescadito se acercó. Hablaron, y decidieron que cada uno aprendería a hacer lo que el otro, y así fue como todos los días el pescadito enseñaba a la gaviota a nadar y la gaviota al pescadito a volar. Una mañana decidieron que ya estaban listos, que ya había finalizado el curso. El pescadito ese día por primera vez voló, y desde el aire contempló su ciénaga, donde había vivido toda su vida. Le gustó volar pero no tanto como su nado. A la gaviota le ocurrió algo parecido, nadó y desde el agua contempló el cielo, su casa. Le agradó nadar pero no tanto como su vuelo.

A partir de ese día por primera vez el pescadito valoró su nado y la gaviota valoró su vuelo. Y cuenta el viejo Manuel, que al asomarse a la ciénaga vio por primera vez a una gaviota verdaderamente volar y a un pescadito verdaderamente nadar.



El bote llegaba a la orilla. El muchacho venía distinto. Ayudó a halar la red y a pesar de un poco de tos, no se agitó. Cuando se despidió del viejo de ojos negros y profundos y tabaco en la boca, le preguntó, -Calixto, ¿por qué fumas si te hace daño?

-Fumo, para mostrarle a los muchachos como tú, como se va muriendo uno, con esta vaina en la boca.

El muchacho corrió, iba feliz. Sabía que era dueño de su vuelo, de su pecho, de su cuerpo y de su vida.